

# La Palabra en el silencio

Escuchar a Dios en la vida contemplativa



JORNADA PRO ORANTIBUS  
18 de mayo de 2008



Secretariado de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada  
C/ Añastro, 1 • 28033 Madrid • Telf.: 91 343 96 52



# **JORNADA PRO ORANTIBUS**

## **Vida Consagrada Contemplativa**

### **18 de mayo de 2008**

---

#### **Objetivos del Día Pro Orantibus**

1. Oración a favor de los religiosos y religiosas de vida contemplativa, como expresión de reconocimiento, estima y gratitud por lo que representan ellos y ellas, y el rico patrimonio espiritual de sus institutos en la Iglesia.
2. Catequesis para dar a conocer la vocación específicamente contemplativa, tan actual y tan necesaria en la Iglesia.
3. Iniciativas pastorales dirigidas a promover la vida de oración y la dimensión contemplativa en las Iglesias particulares; dando ocasión a los fieles, donde sea posible, para que participen en las celebraciones litúrgicas de algún monasterio, salvaguardando, en todo caso, las debidas exigencias y las leyes de la clausura.

## **La Palabra en el silencio.**

### **Escuchar a Dios en la vida contemplativa**

El Evangelio, como Palabra de Buena Nueva que Dios nos ha pronunciado para siempre en su Hijo, se hace fuego que ilumina y verbo que nos habla. Mientras que el silencio posibilita la escucha de una palabra, el mutismo acorrala en el rechazo que censura cualquier hablar. Así como la noche es un tiempo de espera al alba que cada día se nos da, la tiniebla es la imposición oscurecida que nos hurta siempre un deseado clarear. De este modo entendemos el bello relato de la Sabiduría cuando se nos dice: «Cuando un silencio lo envolvía todo, y la noche se encontraba en la mitad de su carrera, tu Palabra todopoderosa, Señor, saltó de tu trono real de los cielos a una tierra al exterminio» (*Sab 18, 14-15*). Toda la Historia de la Salvación pende de esta verdad expresada por el autor sapiencial: un silencio y una noche que han sido vencidos, ganados por una palabra acampada que nos ha traído la luz que no conoce ocaso. Dios ha puesto su tienda en medio de todas nuestras contiendas, salvando cualquiera de nuestros exterminios.

Dios nos acompaña hablándonos. Dios diluye nuestra soledad poniendo discreto su Palabra entre nosotros y en nosotros mismos, como si fuera un fuego hermano que ilumina y caldea los pasos de nuestra aventura humana y creyente. La Palabra de Dios es un fuego que se hace elocuente y luminoso a la vez, un fuego que alumbra sin deslumbrar, que purifica sin destruir. Siempre estaremos en vilo en el trance de esperar y reconocer la Palabra para la que nacimos, una Palabra que por venir del mismo Dios quiso Él acallarla desde siempre para decírmela a mí y para decirla conmigo.

No en vano, la Palabra es el tema del próximo Sínodo de los Obispos en su XII Asamblea General Ordinaria, «la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia». Hay una continuidad con el tema eucarístico del Sínodo anterior, por el estrecho nexo entre Palabra de Dios y Eucaristía.

Cada uno de nosotros somos una palabra del Señor dentro de esa gran conversación que es la Historia, aunque no pocas veces nos empeñemos en quedar mudos por decirnos demasiado a nosotros mismos y por no escuchar otras palabras hermanas, ni escuchar juntos los hablares del Señor. No obstante, hemos nacido para esa Palabra por antonomasia que es palabra de fuego, llama encendida. Esta es la novedad antigua y siempre por estrenar: que Dios ha hablado, que no ha dejado de hablar y de tantos modos me ha dirigido su Palabra. Dios nos lo dijo todo en su Hijo bienamado como de



modo misterioso se testifica a la orilla del Jordán (*Mc 1, 11*) y sobre el monte Tabor (*Mc 9, 7*). Era la Palabra por antonomasia en la que todo fue hecho (*Col 1, 16*) y en quien todo fue dicho (*Jn 1, 1-3*). Aquella Palabra aparentemente enmudeció en una muerte no fingida, en una muerte de cruz (*Filp 2, 8*). Pero esa Palabra vive y habla para siempre tras la resurrección.

Jesús mismo nos pidió que guardásemos sus palabras (*Jn 14, 23*), aunque la pequeñez frágil y vulnerable de nuestra vida hace que no siempre las entendamos o que fácilmente llegemos a olvidar lo que a duras penas hemos entendido alguna vez. Y esta es la hermosa vocación de tantos hermanos nuestros que en la vida contemplativa claustral hacen de su silencio un espacio donde escuchar la Palabra de Dios. Precisamente en un mundo de tanto ruido y tanta prisa, estos hermanos y hermanas nos recuerdan eso único necesario que es preciso no olvidar jamás, cuando a los pies del Maestro divino escuchan su hablar llenando de sentido un silencio que se hace elocuente para ellos y para toda la Iglesia. Demos gracias al Señor por tan preciosa vocación consagrada.

† Jesús Sanz Montes, OFM  
Obispo de Huesca y de Jaca  
Presidente de la C.E. para la Vida Consagrada





## Subsidio litúrgico

### ☑ Monición de entrada

En este Domingo, *Dies Domini*, la Iglesia celebra a la Santísima Trinidad, misterio fontal de nuestra fe cristiana. El *Santo Dios, Santo Fuerte y Santo Inmortal* se nos ha revelado como *Padre, Hijo y Espíritu, Misterio de Amor y de Luz por el cual vivimos, nos movemos y existimos*.

Nuestra vida ajetreada y entregada a la misión apostólica que la Iglesia nos ha confiado puede deslizarse, en ocasiones, por la pendiente del activismo. Necesita pues espacios de calma y silencio, tiempos de oración y de paz. Un silencio y una oración donde acontezca con más claridad la Palabra del Señor, a quien se lo hemos entregado todo. Los monasterios y la misma vida monástica y eremítica son estos *desiertos santos convertidos en vergel*, donde la liturgia, el trabajo y la contemplación conducen al consagrado en Comunidad a ser testigo del Dios Vivo y Verdadero.

La presencia de Cristo Jesús, y el protagonismo de su Espíritu, producen radicalmente la alabanza y la comunión en el silencio de adoración.

Hoy bendecimos al Dios Trinidad por la vida contemplativa; en ella y por ella la Iglesia, Casa de Salvación, monta la guardia incesante del amor que espera al Amor que viene, que vino y que vendrá.

### ☑ Preces

[A las preces completas de la Solemnidad se propone añadir estas tres específicas.]

- Por todos los consagrados a la contemplación del amor divino, para que el fuego del Evangelio, que arde en sus corazones, se avive de día en día para iluminar las tinieblas del mundo con el testimonio del amor más allá de todo. *Oremos.*

- Por cada familia cristiana, Iglesia doméstica y tierra de la primera siembra vocacional, para que, abiertas a la vida y al amor, a imitación de la Sagrada Familia de Nazareth, sean lugares donde se escucha con nitidez la llamada de Dios a la santidad bautismal en la consagración religiosa. *Oremos.*



- Por todos cuantos participamos en la belleza, verdad y bondad de esta Solemnidad, para que recibamos la gracia de ver aumentada nuestra fe, esperanza y caridad, y sigamos con determinación al Cordero de Dios, donde quiera que vaya. *Oremos.*

### Monición de envío

En la comunión de la Iglesia hemos celebrado el Misterio de nuestra fe. Somos el Pueblo adquirido por Dios, llamados a salir de la tiniebla para entrar en su luz maravillosa. ¡CRISTO, es nuestra Luz y nuestra Salvación! Unidos a todos los redimidos por su sangre y en la comunión de tantos hermanos y hermanas que viven el silencio contemplativo y la soledad sonora en sus conventos, monasterios y eremitorios, exultamos y bendecimos a la Santa Trinidad por el precioso don de sus vocaciones y manifestamos nuestro deseo de vivir para gloria de Dios y bien de todos los hombres, nuestros hermanos. A la Santísima Virgen María le encomendamos el deseo de nuestro corazón: ¡Que el fuego del Amor divino arda en el mundo entero y todos conozcan su Salvación!



## Testimonio de un cenobita cisterciense

El cenobio es un desierto con tantas moradas como el número de elegidos y convocados a permanecer en él. Es un desierto poblado, con una peculiar distribución de dones y una organización que

tiene como fin que los monjes se unan íntimamente a Cristo, porque sólo en el amor entrañable de cada uno por el Señor Jesús pueden florecer los dones peculiares de la vocación cisterciense. (C. 4. 5 de las Constituciones OCSO-1990).

El diálogo con la Palabra nos ha precedido en todo. Sin consultar a nuestra voluntad y deseo, ella plasmó nuestro ánimo para la consagración. Y en el presente sigue modelando nuestro devenir por diversidad de cauces; el más ordinario de todos, el de la vida fraterna. Ella es el *lugar* donde se verifica *el Amor*. En esa escuela y en la escuela del Verbo es donde se aprende lo que es el Amor.

El Prólogo de la Regla de san Benito comienza con esta exhortación: «Escucha, oh hijo...» y «aguza el oído de tu corazón». Benito parece decir: con el «oído» abierto es como advertirás el abismo de tu nada, donde Otro te ceñirá y te elevará por los peldaños de una escala, a un cielo nuevo y aún por explorar. Guardini describió la *intimidad cristiana* como una realidad adveniente desde lo «Otro»: la Trinidad escondida, que es quien la crea en el interior del hombre. Para acceder a ella el monje deberá desarrollar más que ningún otro *el sentido del oído*. Por eso estará, más que nadie, obligado a callar:

El silencio –se dice en la C. 24–, se considera como uno de los valores más peculiares de la Orden; asegura al monje la soledad en la comunidad; favorece el recuerdo de Dios y la comunión fraterna; abre la mente a las inspiraciones del Espíritu Santo; estimula la atención del corazón y la oración solitaria con Dios.

¿Por qué san Bernardo dice en una de sus cartas *que «aprendió más trabajando entre las hayas del bosque que en la lectura de muchos libros»?* El trabajo arduo, y el silencio, han sido, desde los orígenes del Císter, una «escuela» de contemplación. Quien se deja instruir en esa escuela, quien se deja unir entrañablemente al Verbo, aprende, sobre todo, a no separar ya el conocimiento de la entrega, y a hacer de lo más banal un «servicio de alabanza».





En un capítulo de su *Regla*, Benito recuerda al cillerero del monasterio que «una buena palabra vale más que un regalo». Cuando a un hermano que ha pedido pide algo «poco razonable» se le niega lo que pide, la palabra *amable* transforma un gesto formal de negación en *palabra de afirmación* que supera nuestras limitadas posibilidades de bien. Cooperamos de ese modo al «sí» de Cristo. Él excede toda medida de bien.

Quien más, quien menos, ha tenido experiencia de que personas alejadas de todo «lugar común» y de la estima plural, en situaciones extremas sin salida real aparente, hayan sido un cauce para la esperanza. Tampoco en estas su donación nació de un cálculo humano. Al que de esta forma ha sido prójimo con su prójimo, un salmo bíblico (*Sal* 111) le da el nombre de «justo». Quien ha sido «luz» en medio de la resistente tiniebla, merece la alabanza de «los justos».

En la escuela del Amor, no obstante, no faltan las «espinas de los escándalos»:

Mantener la unidad entre los hermanos depende del empeño mutuo y sincero en la reconciliación. Por eso, para que desaparezcan de la comunidad las espinas de los escándalos, los hermanos no guardarán resentimiento alguno, sino que harán las paces lo antes posible con el hermano en discordia. (Const. 15.1).

Benito anima a hacer prontamente las paces con el hermano en discordia. Esto no siempre se logra. Cuando la discordia ha sembrado heridas, una situación así puede traducirse en años de desencuentro. Aunque se respeten algunas reglas de cortesía en el trato, esta experiencia de incomunicación y de vacío lleva a una muerte parcial del alma: lo que un autor contemporáneo llamó *la noche oscura del cenobita*. Todos hemos pasado por ella. Y, en ocasiones, no hemos quedado ilesos...

Cuando la violencia vence a la ternura, la Palabra no cesa en su buen celo por la reconciliación. Ella trabaja siempre. Al que cae en la espiral de la crítica y la decepción amarga respecto a la vida común, la *gracia* le pedirá imitar la actitud de Pedro en la sinagoga de Cafarnaún ante el *duro lenguaje* del discurso del pan: también para él es un *lenguaje duro*, indigesto, pero, a diferencia de los que se van, sabe que «palabras de vida eterna» se esconden a veces tras una lastimosa apariencia. Conviene meditar esto:

«En la vida cristiana no se trata de comprender para hacer, sino de estar –de permanecer– para comprender» (Card. Ratzinger).



¡Cefas es aquel que opta por permanecer!

Por eso un bautizado no debiera apearse de su camino a ninguno de sus semejantes con demasiada facilidad, aunque llegara el caso de que *las pequeñas «razones» que nos asisten*, nos enfrentaran con esa decisión. En el fondo, *decidirse por la permanencia en el amor* –como dice Guillermo de Saint-Thierry en una célebre «oración meditativa»–, es haber localizado el «lugar», a una hora señalada del día y montar allí nuestra tienda, como hicieron los primeros discípulos –Andrés y Juan–:

«Rabí, ¿dónde vives?». «Ven –dijo– y lo verás». «¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?». «Te damos gracias, Señor, hemos hallado tu lugar: tu lugar es el Padre, y el lugar de tu Padre eres tú».

Los monjes de la comunidad de Oseira, jóvenes y ancianos, sentimos haber encontrado ese lugar apartado y seguro.

Nunca dejaremos de agradecer al Señor el don de la vocación que nos ha dado «a no anteponer nada» a Cristo, y que Él nos lleve a todos juntos a la Vida Eterna.

Hno. Pascual Abalo Iglesias, OCSO  
Monasterio de Oseira



## Reflexión

### La Palabra en el silencio

Antes de que el hombre escuchara la Palabra, *la Palabra estaba en Dios* (Jn 1, 1). Ella era al principio, existía al principio. Existía la Palabra de Dios y el silencio del hombre. Luego se rompió el silencio y vino *la revelación del misterio guardado en silencio desde la eternidad* (Rm 16, 25). El silencio humano fue una precedencia preparatoria a la Palabra de la Salvación: «*Un silencio sereno lo envolvía todo, y, al mediar la noche su carrera, tu Palabra todopoderosa, Señor, vino desde el trono real de los cielos*» (Sab 18, 14-15). Así la Palabra se encarnó en el seno de una virgen en silencio y en medio de un silencio virginal. Sólo de este modo quedaba de manifiesto que la Palabra es pura Gracia de Aquel que es comunicación por esencia. El Dios Trinitario es comunicación y relación de Amor. Pero para que el hombre pueda conocerlo necesita el silencio de la espera y la expectación: *¡Silencio, tierra entera ante Él!* (Hb 2, 20), *¡que calle ante el Señor todo ser vivo, porque sale de su santa morada dispuesto a intervenir!* (Zac 2, 17).

Hay un silencio que precede a la Palabra, hay un silencio que interrumpe la Palabra y hay un silencio que prolonga la Palabra. Del primero ya hemos hablado más arriba. Del segundo sólo decir que acontece cuando la misma Palabra pide nuestra conversión y toca nuestras miserias para sacarnos de ellas: el hombre, denunciado por la Palabra, se silencia para convertirse y solloza dolido hasta balbucear la súplica del perdón y la misericordia del Dios que le ha herido para curarlo. El tercero es la respuesta orante y agradecida de quien ha comprendido que su silencio adorador es el mejor tributo a la Palabra que le ha visitado sin merecerlo y le ha salvado sin exigir nada a cambio.

Cuando no amamos a alguien, lo primero que le retiramos es la palabra, rehuimos la comunicación y la relación. Dios, en cambio, que nos ama con amor eterno (desde siempre y por siempre, cf. *Is 54, 8*), no deja de comunicarse con nosotros dirigiéndonos su Palabra, su mirada, su atención. Su amor le ha llevado a buscarnos siempre, ya desde los inicios, cuando el hombre, avergonzado por su pecado se escondió de la presencia de su Hacedor (cf. *Gn 3, 8ss*).

Dios es Palabra; Palabra de Amor que busca respuesta. Para acogerle es necesario hacer silencio de tantas otras palabras menores que aturden nuestros sentidos y embotan nuestro espíritu. «*Escucha Israel*» (cf. *Dt 6, 4*). ¿No es ésta la primera actitud de fe ante la presencia del Altísimo? Esta es la voluntad de Dios sobre cada creyente necesitado de tiempos de silencio y espacios



de desierto para acoger la brisa suave y el susurro del Espíritu divino. Sólo quien se retira libre y voluntariamente a los aposentos interiores del alma, en el silencio y la soledad de la vida interior, se capacita para escuchar a Dios en el corazón y darle una respuesta en la dinámica del amor (cf. *Os 2, 16*). Sólo quienes han sido visitados por la Palabra del Amor pueden adentrarse en el misterio de un silencio que se convierte en la experiencia de un amor sin palabras.

El fin de la vida de quien ha sido alcanzado por la Palabra del Eterno no es callarse, sino anunciar el Evangelio, con su ser y su quehacer. El silencio no es el refugio de quienes no tienen nada que comunicar o la guarida de aquellos que, saturados de la vaciedad de un mundo con millares de palabras fugaces, no encuentran razones para vivir con alegría, esperanza y plenitud de sentido. Los que traspasados por la Palabra se han dejado herir por ella son los que han encontrado la *perla preciosa* y están dispuestos a adquirirla a cualquier precio (cf. *Mt 13, 44-46*); ellos son los que han comprendido que *el Padre busca adoradores en espíritu y en verdad* (cf. *Jn 4, 22-24*).

El fin de la vida de un *convocado al silencio orante y contemplativo* no es la huida del ruidoso mundo en que nos encontramos, sino amar a los hermanos y glorificar a Dios con todo el ser.

Existe un *falso silencio* taciturno, ceñudo, triste, tenso o indolente; existe un *silencio* meramente disciplinario y fríamente sistemático. Existe un *silencio* que se convierte en *mutismo* y en el que no hay virtud sino esclavitud. Hay un falso silencio que se utiliza como arma arrojadiza contra otros o sirve de «trinchera» para no sufrir en la relación con el prójimo que resulta incómodo. En este sentido puede haber un silencio «satánico». Sólo engendra soberbia y orgullo. *A veces vale más hacer reproches que guardar rencor en silencio* (cf. *Eclo 20, 2-3*). El silencio del cristiano nunca es pasivo. El silencio, si es verdadero, nunca te aísla de los otros ni te desentiende de ellos. El que ama, se comunica. El que ora, intercede.

La Palabra de Dios es ciertamente una *espada de doble filo que entra hasta las junturas del ser y discierne los pensamientos y sentimientos del corazón* (cf. *Hb 4, 12*). Cuando la recibes tu ser se silencia para comunicarse. Palabra y silencio se reclaman mutuamente. Silencio y Palabra se remiten para darse cabida. La Palabra necesita del silencio; el silencio necesita de la Palabra.

A la Santísima Virgen María, primera consagrada a la contemplación del Amor de Dios y madre de toda consagración, se le anunció una *espada que traspasaría su alma y dejaría al descubierto la intención de muchos corazones*



(cf. *Lc 2, 35*). En nosotros, pobres pecadores, la *espada de la Palabra*, recibida en el silencio de una auténtica acogida, nos abre a la sinceridad y a la verdad, visitando nuestras «voces calladas», nuestros «aullidos interiores» y llegando a descubrir los «reclamos» del hombre viejo. Pero también, porque es *espada de doble filo*, inicia en nosotros una curación sin vuelta atrás, porque ha sido *enviada para no volver al Cielo sin cumplir su encargo* (cf. *Is 55, 11*) y, entrando en nosotros, ella hace su camino más allá de nuestra pobre y, a veces, miope percepción.

En la Bendita Madre, el silencio de su virginidad visitado por la Palabra traspasó su vida entera, desde la Anunciación hasta la Cruz, desde Nazareth hasta Jerusalén, desde el pesebre hasta el Calvario. Ella fue la *Mujer traspasada, la Madre del Hijo traspasado*. Y nosotros, *hijos de Eva*, pero por la Pascua de Cristo *hijos de María* engendrados al pie de la Cruz, somos en la Iglesia testigos del poder transformador, curativo y salvífico de la Palabra pronunciada en la historia, acogida en el silencio, guardada en el asombro y constituida, de generación en generación, en la *lámpara de nuestro camino* hacia la Casa del Padre.

**¡Alabado sea Jesucristo,  
encarnación de la Palabra  
y salvación para el mundo entero!**

Lourdes Grosso García, M. Id  
Directora del Secretariado de la Comisión Episcopal  
para la Vida Consagrada



«En este camino de la Palabra de Dios hacia el pueblo, tienen un rol específico *las personas de vida consagrada*. Ellas, como subraya el Vaticano II, “tengan, ante todo, diariamente en las manos la Sagrada Escritura, a fin de adquirir, por la lectura y la meditación de los sagrados Libros, el sublime conocimiento de Jesucristo (*Flp 3, 8*)” (*Perfectae caritatis*, 6) y encuentren renovada fuerza en su tarea de educación y de evangelización, especialmente entre los pobres, los pequeños y los últimos. Para los Padres de la Iglesia el texto bíblico debe ser objeto de un cotidiano *rumiar*. Cuando el hombre inicia a leer las divinas Escrituras —reflexionaba san Ambrosio— Dios vuelve a pasear con él en el paraíso terrestre (cf. S. Ambrosius, *Epist.* 49, 3: *PL* 16, 1154 B). Y Juan Pablo II afirmaba: “La Palabra de Dios es la primera fuente de toda espiritualidad cristiana. Ella alimenta una relación personal con el Dios vivo y con su voluntad salvífica y santificadora. Por este motivo la *lectio divina* ha sido tenida en la más alta estima desde el nacimiento de los Institutos de vida consagrada, y de manera particular en el monacato. Gracias a ella, la Palabra de Dios llega a la vida, sobre la cual proyecta la luz de la sabiduría que es don del Espíritu” (*Vita consecrata*, 94)».

(XII ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS,  
*La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia*,  
«Lineamenta», 27)





«Elemento fundamental para el encuentro del hombre con Dios es la *escucha religiosa de la Palabra*. Se vive la vida según el Espíritu en proporción a la capacidad de hacer espacio a la Palabra, de hacer nacer el Verbo de Dios en el corazón del hombre. En efecto, no es el hombre quien puede penetrar en la Palabra de Dios, sino que sólo esta puede conquistarlo y convertirlo, haciéndole descubrir sus riquezas y sus secretos y abriéndole horizontes con sentido, propuestas de libertad y de plena maduración humana (cf. *Ef 4*, 13). El conocimiento de la Sagrada Escritura es obra de un carisma eclesial, que es puesto en las manos de los creyentes abiertos al Espíritu.

Afirma san Máximo el Confesor: “Las palabras de Dios, si son simplemente pronunciadas, no son escuchadas, porque no tienen como voz las obras de aquellos que las dicen. Si, al contrario, son pronunciadas conjuntamente con la práctica de los mandamientos, tienen el poder con esta voz de hacer desaparecer los demonios y de estimular a los hombres a edificar el templo divino del corazón con el progreso en las obras de justicia” (*Capitulum theologicorum et oeconomicorum duae centuriae IV*, 39: *MG 90*, 1084). Se trata de abandonarse a la alabanza silenciosa del corazón en un clima de simplicidad y de oración contemplativa como María, la Virgen de la escucha, porque todas las Palabras de Dios se reasumen y han de ser vividas en el amor (cf. *Dt 6*, 5; *Jn 13*, 34-35). Entonces, el creyente, hecho *discípulo*, podrá adentrarse en *las buenas nuevas de Dios* (*Hb 6*, 5), viviéndolas en la comunidad eclesial, y anunciarlas a los cercanos y a los lejanos, actualizando la invitación de Jesús, Palabra encarnada, *El Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva* (*Mc 1*, 15)».

(XII ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS,  
*La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia*,  
«Lineamenta», 34)

